

decir una palabra? Y cuando la Homeopatía os los da en dosis fluidicas ¿por qué tantas murmuraciones, tantas quejas y tanta repulsión?

He aquí una idea en la que á menudo he reflexionado, y que siempre me ha hecho apreciar las divagaciones y aberraciones de los pobres de espíritu.

Supongamos, por un momento, que la Homeopatía fuese la medicina antigua, la medicina oficial, la medicina general y única conocida hasta nuestros días. Siempre y desde el principio del mundo, se hubieran tomado los medicamentos como nosotros los hacemos tomar, es decir, en dosis infinitesimales, y siempre bajo la forma de agua clara ó de polvo blanco, no teniendo ni olor, ni sabor. Nuestros sentidos estarían perfectamente acostumbrados á ellos, nuestros hábitos, absolutamente conformes, y los enfermos se considerarían muy dichosos, al sanar por medios tan suaves, tan fáciles y tan inocentes.

Supongamos que en un momento dado, la Alopátia apareciera en el horizonte médico, y que se presentara á los enfermos con sus re-

medios materiales, con sus botellas negras y amargas, con sus venenos crueles y furiosos, con su lanceta, sus sanguijuelas, sus veigitorios, sus cauterios, sus sedales y sus ventosas. Con toda certeza, la aparición de este metodo, hubiera espantado al universo, todos los enfermos se hubieran apresurado á cerrar los ojos, su nariz y sobre todo la boca; y este cometa hubiera sembrado más terror que los del cielo.

¡Y bien! sucede lo contrario; á la brutalidad de los agentes alopáticos, se desea substituir la suavidad de los agentes homeopáticos, y vosotros no queréis! ¡La Homeopatía, os quiere conducir con una mano suave y maternal en una vía de flores y á un nuevo Edén y vosotros resistís, queréis permanecer en vuestro camino lleno de piedras infernales. erizado de lancetas, y habitado por sanguijuelas que buscan á quien devorar! ¡La homeopatía quiere mejorar vuestro camino, y aligeraros vuestra carga; os ofrece un transporte rápido, con todo el confort posible y rehusáis, y os obstináis en ir á pie, encorvados bajo el peso de una fatiga abrumadora!

## OCTAVA CONFERENCIA

### CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

—0—

MANIFESTACION DE LOS MEDICAMENTOS.—Como las enfermedades, los medicamentos se manifiestan por síntomas, ó más bien por cuadros sintomáticos. Estos síntomas artificiales, son el verdadero reflejo de los síntomas morbosos, y esos cuadros vienen á ser la copia fiel, la semejanza perfecta del original, pasando por el daguerreotipo de la experimentación pura.

¿Qué cosa es la experimentación pura?

Es la acción de administrar á un individuo, ó individuos, que están bien, tal ó cual substancia, más ó menos conocida, con la intención de perturbar el fluido vital, de producir una enfermedad artificial, y de recoger exactamente todos los síntomas que constituyen su fisiología esencial y específica.

Y en esto, difiere profundamente de la experiencia, base de la terapéutica alopática, porque la experiencia, como ya lo hemos visto, no administra los medicamentos á los enfermos, sino conforme al testimonio de los colegas ó al éxito obtenido por cada médico en su práctica particular. Pero jamás, de esta manera, el práctico puede avanzar con un paso firme; sólo la «experimentación» da una antorcha, la «experiencia» no le presta más que el báculo del ciego.

Esta gran verdad, ya había sido presentada por algunos médicos, menos modernos que Hahnemann. Había sido sospechada, y después deseada por algunos de esos hombres raros, á quienes el cielo parece conceder, una vez cada siglo, una chispa de su divina intuición; pero sin duda alguna, á nuestro

ilustre maestro, es á quien Dios habia reservado la regeneración de la medicina.

Algunos médicos hubieran querido poner en obra la experimentación sobre el hombre sano, para adquirir algun grado de más facilidad y de certidumbre prácticos. Mas no fué, con un deseo tan vago, como Hahnemann tuvo esta idea; su genio habia visto en la experimentación, á la palanca principal de la máquina terapéutica.

Y en efecto, antes de poner en acción los remedios sobre el fluido vital no equilibrado, es preciso ponerlos en acción sobre ese fluido en equilibrio. Las fuerzas en general, no pueden ser modificadas, sino por otras fuerzas de naturaleza semejante.

Vais á comprender con un ejemplo, todo el secreto de la experimentación.

Escoged en vuestro jardín una planta cualquiera, la manzanilla si queréis. Ignoráis, desde luego, si esta flor es un remedio, ó si lo sabéis vagamente, ignoráis qué enfermedades puede curar. Sometedla á la experimentación, y ésta, en extremo complaciente, os dirá todo lo que quereis aprender.

Esta substancia, pues, preparada conforme á los procedimientos dinámicos, de los que hablaré más tarde, dadla á vuestros hijos, á vuestros

amigos, á todas las personas, en fin, que quieran prestarse al capricho de lo desconocido, y veréis lo que sucederá. Si no obtenéis ninguna manifestación, esta substancia no es un remedio, pero si obtenéis síntomas, tened cuidado de tomar nota de ellos, y de una manera muy escrupulosa.

Aquí no sois libres de imitar la demencia de M. Bouillaud, y de exclamar como él: «Si yo lo hubiera visto no lo habría creído.»

Obrad así con todas las substancias medicinales ya conocidas y con las que quisieréis conocer, y obtendréis, con estas operaciones, una galería de cuadros sintomáticos, en la que hallaréis siempre un semejante á toda enfermedad posible.

Mas para ésto, tened cuidado de elegir bien los sujetos de vuestra experimentación. Aseguraos de que están verdaderamente bien en todo el rigor de la palabra.

Notad la edad, el sexo, el temperamento, las dosis, su repetición, las horas de su administración, los momentos y circunstancias infinitas de la aparición de los síntomas; haced, en una palabra, como un pintor que, deseando hacer el retrato de una persona, se esfuerza en tomar la imitación más perfecta, en todos los detalles de las facciones, en todas las líneas de la cara, en el dibujo particular de todas las

partes, y trata aún de reproducir el matiz del color de la cara, la expresión de la mirada, y el juego de la fisonomía.

La experimentación es pues, la luz verdadera que iluminará á todo práctico errante en las tinieblas de la duda; pero que no se nos acuse por esto, de encerrarnos en un exclusivismo absoluto, y de rechazar á la experiencia, cuando venga á ofrecernos sus socorros, y á tendernos una mano llena de ricos presentes. No somos nosotros quienes rehusamos los dones del pasado, no somos nosotros los que somos capaces de sofocar las verdades tradicionales, y no somos nosotros los que compareceremos jamás en las cortes de la ciencia, por haber roto los rieles del progreso.

Al trabajo infinito de la experimentación pura, Hahnemann consagró los años más hermosos de su vida. Hizo pasar por su crisol á una multitud de medicamentos que han salido con toda la pureza é integridad de su manifestación. Así legó á sus discípulos una materia médica completa. Después de ese trabajo inmenso, que parece pasar los límites de lo posible, Hahnemann puede decir como el poeta romano: «Exegi monumentum oere perennius. He erigido un monumento más duradero que el bronce.»

Este trabajo inmenso, no es un libro abierto solamente para los discípulos de la Homeopatía y cerrado para nuestros colegas disidentes. No es un secreto cubierto con el velo de una propiedad exclusiva, ni un tesoro del que solos querramos guardar la llave. No es el viejo jardín de las Hespérides, lleno de manzanas de oro, y colocado bajo la custodia de un dragón de cien cabezas. Nó, este libro está abierto para todos, este secreto es la propiedad de todos. En este tesoro todos podéis tomar á manos llenas. Nuestra materia médica es un campo público, rico en toda clase de frutos, accesible á todos, porque ninguna muralla limita su recinto. Es una región bien topografiada, abierta á la libre exploración de los turistas. Es un firmamento en el que todos los astros son visibles á la simple vista, y alumbrá á todo hombre que busca la luz.

Mas, á cada quien el mérito de sus obras: dad al César lo que es del César. ¿Porqué, en efecto, convertir en robo, la legítima posesión de todos esos materiales? Podeis libremente apropiaroslos y serviros de ellos; no se os exige, más que la delicadeza de la confesión, y no se os prohíbe sino la mentira de la falsificación.

Ved, sin embargo lo que pasa todos los días. Si, como nosotros,

leeis los diarios de la Alopátia, veis que nuestros señores colegas, no tienen embarazo, y son tan poco delicados, hasta quizá—digamos la palabra—algunas veces, tan ignorantes, para dar como nuevos, ciertos remedios empleados por la Homeopatía, desde que ella existe, en el mundo. Así, se les oye oír decir con el más sencillo aplomo, que algunos gránulos de acónito—decid, glóbulos ¿por qué os mortificais?—basta para calmar la tos más rebelde. Qué, dos ó tres gotas de tintura de nuez vómica—decid dos ó tres glóbulos, ¿por qué os mortificais?—en 120 gramos de agua destilada, detendrán como por magia, ciertos vómitos gastrálgicos muy caprichosos, etc.

¡Servíos, en buena hora, de nuestra materia médica, no os procesaremos por esto, pero al menos confesadlo! Imitando vuestra conducta, podemos atribuirnos todos los descubrimientos. Daguerre nos permitirá robarle la fotografía. Ampère, Arago y Wollaston no han creado y perfeccionado el electro-magnetismo, y Leverrier consentirá en desgarrar el acta de nacimiento de sus planetas. En verdad, vamos á cesar de reír, cuando se nos diga todavía que últimamente uno de nuestros célebres novelistas, ha descubierto el Mediterráneo.

#### Objeción.

Las objeciones suscitadas contra la Homeopatía, son innumerables, ya lo sabéis. En una cosecha abundante, siempre hay malas espigas; avanzando en nuestro campo y examinando nuestras gavillas, separaremos esas espigas del buen grano, y tendremos cuidado de que no pasen por la muela.

Así, contra la experimentación de los medicamentos sobre el hombre sano, se dice:—Podéis de esta manera, producir algunas enfermedades artificiales, pero todas, es imposible. ¿Cómo produciréis las enfermedades orgánicas, por ejemplo: los tubérculos en los pulmones, los tumores cancerosos, etc.? Y entonces ¿cómo conoceréis los medicamentos semejantes á esas afecciones?

Ciertamente, esta objeción es la menos absurda, y la más fuerte que se haya dirigido á la Homeopatía, he aquí por qué es muy importante que podáis responder á ella.

Y desde luego, á título de reflexión general, haremos observar con un ilustre filósofo,—el conde de Maistre creo,—que cuando una verdad ha sido bien establecida, no puede ser derribada por una objeción que parece insoluble.

Una de las causas más fértiles en errores, es la curiosidad y la exigencia del espíritu humano cuan-

do, en sus investigaciones, trata de franquear los límites de lo conocido y de lo posible.

Los que han forjado esta objeción, no saben suficientemente comprender qué las enfermedades orgánicas, los tubérculos, los tumores ó induraciones de cualquiera naturaleza, no son más que síntomas visibles de enfermedades vitales invisibles. Así, ¿qué médico á menos que sea un organicista puro, verá la «causa,» el «germen» de una enfermedad, en los fenómenos materiales que ella puede producir? Es preciso hacer el bloqueo del lado atacable de la cuestión, y perseguirla hasta su último atrincheramiento.

Todas esas alteraciones orgánicas no constituyen, en realidad, sino uno de los períodos de la enfermedad vital. Ahora, ¿quién se atreverá á negarnos el poder de producir una enfermedad vital artificial cualquiera, y detenernos en el punto en el que la experimentación sería muy peligrosa? En este caso, sería querer llegar al bien, por medio del mal, ésto sería interrogar, como los antiguos arúspices, los secretos de lo posible, en las entrañas de las víctimas, esto ya no sería un acto científico, sería un crimen.

Ved por qué tal remedio que hemos lanzado primero á toda velocidad en la vía de la experimenta-

ción, lo detenemos á tiempo y voluntariamente, en tal ó cual estación, sabiendo bien que podía ir más lejos, pudiendo hasta calcular, por su marcha actual, su carrera en el campo de lo posible.

Todo medicamento administrado á un hombre sano, produce primero ciertas perturbaciones en sus fuerzas vitales, y del examen de esos desórdenes, á la predicción de todo lo que pueda suceder, no hay más que un grado que franquear.

Y, por lo demás, esto es lo que hacéis todos los días. ¿Todos los días no decís á vuestros enfermos:—Seguid tal tratamiento, si no, pudierais ser atacado de tal enfermedad, el mal que tenéis en estos momentos podría degenerar en tal ó cual estado peligroso, etc.?

¿Por qué queréis, pues, negarnos la misma facultad de predicción? ¿Por qué queréis quitar á nuestras experimentaciones, las mismas probabilidades de intuición patogenésica?

Hay, además, ciertos fenómenos accidentales que vienen á ayudar poderosamente á la experimentación sobre el hombre sano, quiero hablar de los envenenamientos. Estos ofrecen á los médicos asuntos de estudio desdichadamente muy numerosos, y como todo lo demás, sabemos aprovecharlos, porque pa-

ra edificar nuestro edificio, tenemos cuidado de no despreciar ningún material.

Los diversos casos de envenenamiento han suministrado en efecto, cuadros sintomáticos bastante bien dibujados, y á menudo una mano culpable ó imprudente nos ha preparado colores prohibidos.

Y, además, nos es permitido explorar el terreno fisiológico de los animales. Si los síntomas que podemos recoger, no nos conducen á la verdad, pueden al menos ponerlos en la vía. Contamos, entre los prácticos homeópatas, á muchos médicos veterinarios. Ellos pueden, mejor que nosotros, llevar sus investigaciones desde el centro hasta el último punto del radio, y obtener semejanzas patológicas entre el animal y el hombre.

Ved, pues, que todas esas razones forman un grado de certidumbre, con el que se puede contentar un espíritu menos razonador, y un poco más razonable.

Puesto que he hablado de los médicos veterinarios homeópatas, contestaré, de paso, dos palabras, á otra objeción, que tal vez, es la más absurda, la más malévola y más envidiosa.

¡Los enfermos, en manos de los homeópatas, no se curan sino por la imaginación!

Sabedlo bien, los veterinarios homeópatas son ya bastante numerosos, y han tenido éxito á pesar de todo, y conozco á algunos que han extendido considerablemente su clientela, desde que no dan más que glóbulos. ¡Los caballos, pues, tienen la imaginación muy inteligente! es preciso confesar, que esos señores son demasiado complacientes para con la Homeopatía, y, si hubiera podido conocer esa truhanería, nuestro buen Lafontaine, no hubiera dejado de reprimir agríamente á esos astutos.

Y, en las enfermedades de los niños, ¿la imaginación os será también favorable?

Y ¿qué fascinación pueden tener sobre la imaginación, ese pequeño glóbulo, ese grano de polvo, esa gota de agua clara? ¡Más no veís, por el contrario, que vuestra sonrisa de incredulidad y de desconfianza, sería capaz de hacer desvanecer su virtud, por poco susceptible que fuese!

Mas, pasemos, porque tendríamos mucho que hacer, si fuera preciso responder á todos los absurdos.

**FISONOMIA DE LOS MEDICAMENTOS.**—Vaciados en los diversos moldes de la experimentación, los medicamentos deben salir con una fisonomía particular. Experimentado siempre sólo, cada uno

debe manifestar su carácter específico, y administrado en seguida siempre sólo al enfermo, no podrá obrar evidentemente sino por sus propiedades personales.

Ya sabemos que los medicamentos se parecen á las enfermedades, pues bien, como ellas deben tener su tinte particular, pero como ellas también deben presentar matices más ó menos comunes á sus colaterales. Ved por qué si una clasificación es posible para las enfermedades, debe ser posible también para los medicamentos.

Esta ha sido intentada por el Doctor Teste. Este autor notable, ha clasificado los medicamentos en grupos particulares, haciendo resaltar su fisonomía especial. Si es cierto que esta idea no está intrínsecamente conforme con los principios teóricos y filosóficos de nuestra doctrina, no se puede negar, sin embargo, que no sea de un gran socorro y de una grande utilidad bajo el punto de vista práctico.

Habréis sabido por la publicidad de los periódicos, que el Emperador de Rusia envió al Doctor Teste, una sortija de brillantes, como recompensa de su trabajo. Nuestros adversarios pueden ver en este acto del Czar, que la Homeopatía no está enteramente despreciada, y que entre sus justos apreciadores, hay quienes la valoricen bien.

Cuando tratéis una enfermedad sencilla, no deis más que un solo medicamento semejante y capaz de cubrir todos los síntomas; si tenéis que tratar una enfermedad complicada, no deis también más que un solo medicamento. Porque siempre será posible hallar uno que coincida con los principales síntomas; y al desaparecer éstos, veréis desaparecer también los síntomas secundarios, porque ellos estaban bajo la dependencia de los primeros.

La Homeopatía no administra más que un solo medicamento á la vez, de esta suerte sabe, de antemano, lo que va á hacer, porque conoce perfectamente la virtud de ese medicamento, y cuando ha curado á su enfermo, puede darse cuenta de lo que ha hecho.

**TERAPEUTICA.**—Hemos por fin, en el santuario del templo hahnemanniano; hemos á los pies de nuestra divinidad, la cual, desde el principio del mundo, se sienta sobre su altar, inmutable y eterna, como la verdad.

Esta divinidad es el principio de los «semejantes»; principio que por sí solo constituye la piedra fundamental de la homeopatía; principio que ha sido, y será siempre la palanca de toda potencia terapéutica; principio, en una palabra, en cuyo derredor giran todas las verdades

accesorias y orgánicas de nuestra doctrina.

Si un práctico llamado y puesto ante una enfermedad cualquiera, obra en virtud de los «semejantes» tenga ó no la conciencia de sus actos terapéuticos, por esto mismo ya es homeópata, en la más rigurosa acepción de la palabra, y á pesar de las protestas más enérgicas. Pero si se sale fuera de ese principio, si se descarrila de esta vía única, desde este momento ya no es homeópata, aún cuando lleve ostensiblemente el uniforme hahnemanniano.

Quiero decirlo muy claro y declararlo muy explícitamente á todos aquellos que tienen oídos para oír. La Homeopatía no consiste, ni en las dosis infinitesimales, revelándose á nuestro sentidos bajo la apariencia de misteriosos glóbulos; ni en un solo y mismo medicamento, administrado bajo la forma de agua clara ó de polvo blanco; ni en ciertas substancias venenosas, formando el secreto de una panacea ridícula. La Homeopatía consiste esencial, radicalmente en el principio de los semejantes.

Cesen, pues, vuestros clamores, vuestras injurias y vuestras diatribas contra nuestros pobres glóbulos; os los abandonamos si queréis. Sed, como nosotros, fieles al principio de los semejantes, y co-

mo nosotros seréis homeópatas. Esto es todo lo que queremos, y si tuvierais un glóbulo de buena fe y de buena voluntad, quedaríais obligados á confesar que somos muy poco exigentes.

Quizá vais á encontrar esta declaración formulada netamente, como el artículo fundamental de nuestro código hahnemanniano, en contradicción con lo que ya os he dicho sobre la potencia fluidica morbígena y morbífuga de los medicamentos. Tal vez esta declaración la hallaréis, sobre todo, en lo que sigue, en contradicción con lo que os voy á decir respecto á la acción y á la teoría dinámica de las dosis infinitesimales.

Sabed, pues, que los medicos homeópatas están divididos en varias escuelas secundarias respecto á la posología. Unos no emplean sino diluciones muy elevadas, es decir, los medicamentos divididos al infinito, ó casi hasta los límites del último átomo físico. Otros no emplean más que las diluciones medias. Algunos ponen en obra todas las dosis, y recorren los grados inconmensurables de la escala posológica, desde la substancia material y tangible, hasta la fuerza medicamentosa que se pierde en el mundo misterioso de los fluidos. Otros, en fin, no aceptan más que las dosis macizas, retenéndolas en

la redecilla de sus propiedades químicas y físicas. Pero todos, en su mecanismo, colocan como palanca única, como motor principal, á la teoría de los semejantes. Elegid en esta categoría doctrinaria, la especie sistemática que concuerde mejor con vuestros estudios y convicciones. No quiero decir aquí, cuál es la más perfecta. Obrad siempre conforme á los semejantes, y esto es todo lo que os pedimos.

Extinguid, pues, vuestro odio absurdo, vuestra cólera ciega, y la efervescencia de vuestra oposición. Lo que queremos, lo que pedimos, ¿acaso no es la verdad, y nada más que la verdad? ¡Ah, Dios mío! si examinarais bien vuestros actos, si cuando curáis á un enfermo tratarais de someter vuestra conducta terapéutica al crisol de un análisis escrupuloso, os apercibiríais con grande admiración, que sois más homeópatas de lo que pensáis. Por lo demás, si no queréis convenir en ello de buena voluntad, yo os haré convenir por fuerza en otro momento, cuando os ponga frente á frente de vosotros mismos.

Mas volvamos á nuestro asunto, volvamos á los puntos didácticos de la doctrina, y examinemos sucesivamente, en el principio de los semejantes, «su historia, su universalidad y su teoría.»

Cuando he dicho que el princi-

pio de los semejantes tuvo por padre al divino Hipócrates, no he exagerado. Si él no engendró nuestra fórmula simbólica, tal como nos la ha transmitido la tradición médica, ella está, al menos, contenida en sus obras como el fruto está en la flor. Os será fácil convencerlos, leyendo los aforismos del anciano de Cos: «Vomitus, vomitu curatur.»—El vómito se cura con el vómito: «Morbi plerique his ipsis curantur á quibus etiam nascuntur.... Per similia adhibita ex morbo sanatur. (de Morbo Sacro op. tom. III. p. 131.)

El padre de la vieja medicina dijo esto, y frecuentemente obró conforme á estos preceptos. Me sería fácil el citaros ejemplos. ¿Qué podría él decir de más? He aquí, á un padre á quien estáis obligado á desacatar y á tratar como un renegado anticipado. Id, pues, á buscar á otra parte el acta de vuestra legítima existencia, y no vengáis á decirnos que él es también el padre del principio de los contrarios, porque este principio es un vetusto pergamino, que no puede servir de pasaporte en la frontera de la verdadera terapéutica.

Los más grandes descubrimientos,—como la brújula y la imprenta por ejemplo—han nacido, según sabéis, en las primeras edades del mundo. Primero despreciados,